

María y su dimensión místico-profética

*En la
Escritura,
aquello
que es
narrado,
aunque se
centre más
en un
determinado
personaje,
se refiere
en verdad
a un colectivo,
a un pueblo.*

*María Clara
Lucchetti Bingemer*

En la teología católica, María tiene una gran importancia y es venerada con especial culto, superior a todos los demás santos. Siempre fue, por lo tanto, objeto del pensar teológico y objeto de devoción importante en algunos países católicos, sobre todo los países latinos. En estos, María se presenta con muchos rostros y muchos nombres, que hablan con elocuencia de la devoción que inspira a los fieles católicos que ahí viven, y que a ella recurren como Madre.

La Mariología tradicional, que imperó hasta antes del Concilio Vaticano II, mostraba un rostro de María con rasgos que no favorecían su conocimiento más profundo y su amor por parte de los cristianos más instruidos y letrados.

Los vientos del Concilio, que renovaron tantas áreas de la teología, han traído renovación también para la Mariología, que hoy se presenta con rasgos distintos y más inspiradores para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. La Mariología renovada ve y piensa al misterio de María dentro de algunos presupuestos hermenéuticos que van a introducir importantes modificaciones en la visión tradicional:

- a) María es, antes que nada, criatura, por lo tanto, es alguien que participa íntimamente de nuestra condición humana y nuestra finitud. Vivió en un tiempo histórico y fue la madre judía del hombre Jesús de Nazaret. Para la teología y la espiritualidad católica, es central la afirmación de que ésta que veneramos como la madre del Salvador fue un

ser vivo en la historia, es hoy alguien que vive en Dios. En los que «viven en Dios» se proyecta la situación de todos los que “viven en la historia”. Situación de limitación y al mismo tiempo de deseo de lo ilimitado. A María acuden los fieles, pues, como mujer que vive en Dios y que por lo tanto, tiene poder de ayudarlos.

- b) Una teología mariana renovada, fiel a la directiva del Concilio de volver a las fuentes, busca el conocimiento y el encuentro con María en los textos bíblicos, pero, debido a la perspectiva nueva que la enmarca, debe presentar, igualmente, una manera diferente y propia de leer estos textos bíblicos. Un texto escrito es siempre selectivo y lo que no dice no significa que no pasó. Los textos que hablan de María en la Escritura son muy pocos, pero cada época histórica parece construir, a partir de esos textos y de diferentes tradiciones nacidas en medio del pueblo, una imagen de María y de su actuación histórica pasada y presente. De ahí que no se pueda decir que la única verdad sobre la vida de María está en lo poco que nos dicen los textos del Nuevo Testamento.
- c) El concepto de Reino de Dios es esencial para la hermenéutica que orienta la teología mariana en la nueva perspectiva post-conciliar. La explicación de este concepto va más allá de la persona de Jesús. Afecta a la totalidad de su movimiento, del cual participaban hombres y mujeres en forma activa. A partir de él, se podrán leer los hechos de María, en las diferentes imágenes

que el reino de Dios asume en la Escritura, en la tradición y en las tradiciones, como hechos que hacen presentes las señales del reino de Dios, acciones concretas que manifiestan la presencia de salvación en la historia humana.

1. *María* *en la Sagrada Escritura*

En la Escritura, aquello que es narrado, aunque se centre más en un determinado personaje, se refiere en verdad a un colectivo, a un pueblo. Así, las figuras masculinas y femeninas que preceden a la aparición de María en el Antiguo Testamento: Abraham, Moisés, Miriam, Ana, Rut, Judit, Ester y otras, son, al mismo tiempo, imágenes de hombres y mujeres e imágenes de un pueblo. A través de sus acciones se revela la fuerza de Dios que salva a su pueblo y la resistencia de ese mismo pueblo, expresada en aquellas figuras de hombre y de mujer. La misión de cada persona y especialmente de algunas con carismas especiales, resalta, pues, la dimensión colectiva de las acciones humanas y la construcción colectiva de la historia.

A la luz de esa lectura de la Sagrada Escritura se procura entender el lugar y el papel de María. No se trata solamente de la persona individual Miriam de Nazaret, sino de la mujer que es imagen del pueblo fiel, particular morada de Dios. La afirmación de que Dios se hizo carne en Jesús debe ser completada con otra con el mismo valor teológico: Dios nace de una mujer. El Nuevo Testamento quiere

mostrar que con María y con Jesús comienza un nuevo tiempo para la historia de la humanidad. Hay una especie de salto de calidad en su práctica y conciencia religiosa. Dios habita la tierra humana y es descubierto y amado en la carne humana.

María, aunque nace en un contexto patriarcal, donde la mujer es cosa, propiedad del hombre a todos los niveles, es una figura que vive entre los dos Testamentos. Participa y saborea la nueva experiencia liberadora del movimiento de su Hijo, que inaugura un discipulado igual para hombres y mujeres. Representante legítima del pueblo de Israel, figura-símbolo de la Sión fiel, María es –también y no menos– portadora del nuevo Israel, del nuevo pueblo, de la nueva alianza que Dios hace con la humanidad, donde la mujer ya no aparece más pasiva y sumisa al hombre, ya no más como ser inferior, sino como sujeto activo y responsable, compañera del hombre, asumiendo con él, hombro con hombro, muchas de las tareas inherentes al anuncio de la Buena Nueva.

El Nuevo Testamento, en los pocos textos que recoge sobre María, ilustra estas perspectivas.

Pablo: En Gl 4, 1-7, Pablo dice que “en la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”. La teología de este versículo paulino ofrece, en la figura de la mujer que da a luz al Hijo de Dios en la plenitud de los tiempos, la convergencia entre escatología e historia, antropología y teología. A partir de ahí, no hay más lugar para androcentrismo o dualismo de cualquier especie, sino que todo reduccio-

nismo antropológico o teológico cede su lugar a la confesión de fe de que el Verbo se hizo carne en la carne humana, carne de hombre y mujer, en la realidad y en los límites de la historia. Dice también que el reino llegó, la plenitud del tiempo está ahí mismo, bajo nuestros ojos, la nueva creación ya es realidad porque Dios envió a su Hijo nacido de mujer. A la luz de este misterio, el reino acontece en la comunidad de hombres y mujeres que, con sus luchas y sufrimientos, dolores y alegrías, hacen estallar en todo momento la novedad incansable y bella del amor.

Mateo: Este Evangelio lee los nuevos acontecimientos desencadenados por el hecho Jesús como cumplimiento de las promesas de Yahvé al pueblo elegido. Sobre la mujer María de Nazaret, símbolo del Israel fiel, viene el Espíritu de Dios, como en el texto de la creación (Gen 1, 2). Por eso, María dio a luz “sin que José la conociese”. José es la síntesis del pueblo antiguo, de la tradición judaica primitiva que reconoce al Mesías a pesar de las dudas y dificultades. La mujer aquí es el símbolo del pueblo fiel del cual nace el Mesías y José del pueblo antiguo que es llamado a nuevas nupcias para comenzar el amor otra vez. La María de Mateo es el símbolo de la esperanza virgen: mujer intocada y al mismo tiempo preñada de vida, rostro del pueblo lleno de luz, rostro de Dios que renace siempre de los escombros de la destrucción del pecado y de la muerte.

Marcos: La maternidad de María es una referencia histórica, un hecho capaz de identificar en el tiempo y el espacio al carpintero hacedor de milagros, cono-

dor de la ley y de los profetas y defensor de los pobres, acogido por unos y rechazado por otros. María, la madre de Jesús, participa de ese ambiente que abre y cierra espacios, que acoge y rechaza a Jesús. Puesta al lado de la humanidad que «casi» lo rechaza, y envuelta en el mismo grupo de los que piensan que «está loco», es ubicada, por otro lado, como la figura que, superando el nivel biológico de la relación con Jesús, está entre los que hacen la voluntad de Dios (Cf. Mc 3, 35).

Lucas: Es el que más textos tiene referentes a María. Lo que es anunciado a María en la anunciación (Lc 1, 26-38) está en la estela de las múltiples manifestaciones de la fidelidad de Dios para con su pueblo (Sara, Abraham, la madre de Sansón). María, símbolo y representante del pueblo es la nueva arca de la Alianza, la morada de Dios, el lugar de su habitación, el lugar donde puede ser encontrado y amado. Lucas se apropia de las experiencias y expresiones teológicas de los judíos, dándoles un nuevo significado a partir de la gran novedad vivida por los seguidores de Jesús. La visita de María a Isabel (Lc 1, 40-45) es el encuentro de lo viejo con lo nuevo y el reconocimiento, por parte del pueblo judío, de lo nuevo. María es ahora «bendita entre las mujeres». Quien eso reconoce y proclama es Isabel, la anciana judía de la cual nace el último de los profetas de la antigua Ley, Juan el Bautista. El canto de María, el *Magnificat* (Lc 1, 46-55), es un canto de guerra, canto del combate de Dios trabado en la historia humana, combate por la instauración de un mundo de relaciones igualitarias, de respeto profundo a cada ser, en el cual habita la divinidad. La imagen de la mujer encinta,

capaz de dar a luz lo nuevo, es la imagen de Dios que, por la fuerza de su Espíritu, hace nacer hombres y mujeres entregados a la justicia, viviendo la relación con Dios en la amorosa relación con sus semejantes. El canto de María es el “programa del reino de Dios”, así como lo es el programa de Jesús, leído en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 1621). El parto de María (Lc 2, 7) tiene un significado colectivo, en el que todos y todas están implicados, superando los límites de la biología y de la fisiología humanas. Se trata del nacimiento de Dios en la humanidad. En los dos últimos textos en que menciona a María (Lc 2, 34-35 y Lc 2, 48-49), la profecía de Simeón da a María un alcance para todos los tiempos. Los que luchan por el reino de Dios son marcados por la contradicción con este mundo. Una espada continúa traspasando el corazón de aquellos y aquellas que, como María, luchan por la justicia de Dios, de los que se ocupan en primer lugar de las cosas de Dios, poseídos por la pasión de la liberación de sus hermanos.

Hechos de los Apóstoles: Este libro –segunda parte de la obra lucana– nos muestra a María presente en las raíces de la primera comunidad cristiana, perseverante en la oración y unida a los discípulos de su hijo. Presente como la madre, la hermana, la compañera, la discípula y maestra de un movimiento organizado por su hijo Jesús, movimiento cuyas raíces históricas tienen por núcleo el anuncio de la presencia del reino en medio de los pobres, de los pecadores, de los gentiles, de aquellos que están lejos y perdidos, pero igualmente de aquellos que están cerca, pero privados de todo reconocimiento por parte del poder establecido.

Juan: El cuarto evangelio presenta a María en dos ocasiones: la primera es en las bodas de Cana (Jn 2, 1-11), cuando Jesús realiza, por su intercesión, la primera de sus señales, transformando el agua en vino. La fe de María gesta y da a luz la fe de la nueva edad mesiánica e inaugura el tiempo del nuevo pueblo, de la común comunidad del reino, donde la pobre y despreciada Cana de Galilea pasa a ser lugar de manifestación de la gloria de Dios. El segundo episodio es al pie de la cruz, en el momento de la muerte de Jesús, donde él le entrega a ella el discípulo amado como hijo (Cf. Jn 19, 36). En la estela de las grandes figuras femeninas y maternas del Antiguo Testamento (Débora, la madre de los Macabeos y otras), María aparece como madre de la nueva comunidad de hombres y mujeres que son seguidores de Jesús porque creyeron en su Encarnación, vida, muerte y resurrección. María es la Mujer según la gloria de Dios manifestada en Jesucristo. En el momento en que el Hijo de Dios entrega su Espíritu (pneuma) el evangelio de Juan ubica a María, en el centro mismo de ese acontecimiento de salvación traída por Jesucristo. Ella es ahí el símbolo del pueblo que acogerá el mensaje del reino y la plenitud de los tiempos mesiánicos.

Apocalipsis: En el capítulo 12 del Apocalipsis aparece una mujer vestida de sol y coronada de estrellas, con dolores de parto, luchando contra el dragón. Su vocación es la victoria, es ser esposa del cordero, la nueva ciudad, la nueva Jerusalén, donde se reunirán finalmente todos aquellos y aquellas que cumplen los mandamientos de Dios y guardan el testimonio de Jesús. El pueblo de Dios perseguido y

mártir es quien lleva consigo la prenda de la victoria de Jesús. María es, pues, en muchas interpretaciones, identificada como esa mujer de Ap 12, figura de la fe humilde y laboriosa del pueblo que sufre y cree en el Salvador Crucificado sin perder la esperanza. Es también la figura de una Iglesia perseguida por el mundo, por las fuerzas del anti reino y por los poderosos y opresores de toda suerte que, como el dragón descrito en el Apocalipsis, quieren “devorar” a los hijos y a la descendencia de la mujer, quieren devorar el proyecto del reino, todo lo que es vida y libertad para el pueblo, todo lo que es fruto maduro de las entrañas fecundas de la mujer. El nuevo pueblo de Dios, del cual María es símbolo y figura, es la «señal», que aparece en el cielo y en la tierra, de que a la descendencia de la mujer-Eva fue dada la gracia y el poder de triunfar sobre la serpiente mediante la descendencia de la mujer-María, de cuya carne el Espíritu formó la encarnación de Dios; de la mujer-pueblo de Dios, de cuyo seno brotó la salvación y la comunidad de aquellos que cumplen los mandamientos de Dios y guardan el testimonio de Jesús.

2. *Los dogmas marianos: una visión para hoy*

La Mariología renovada que crece después del Concilio, trae nuevos elementos para pensar el misterio de María, muy unido e inseparable al misterio de Cristo y de la Iglesia. Es preciso, también y después de eso, pensar y reflexionar sobre los dogmas o afirmaciones de fe de la Iglesia sobre María desde la clave eclesial y teoló-

gica que no deja de incluir los nuevos descubrimientos antropológicos modernos, además del camino ecuménico y el diálogo Inter religioso.

2.1. El misterio de la Theotokos, Madre de Dios

Al contrario de otros dogmas, cuyas raíces bíblicas son cuestionadas y constituyen auténticos problemas ecuménicos, la maternidad divina de María posee profundos y sólidos puntos de apoyo en la Escritura. Con el título de madre se llama a María la mayoría de las veces en el Nuevo Testamento (25 veces). María es fundamentalmente, para los relatos evangélicos, la madre de Jesús. En el centro del misterio de la encarnación, misterio que es salvación para todo el género humano, el Nuevo Testamento pone, pues, al hombre y a la mujer, Jesús y María, Dios tomando carne de varón en y por medio de la carne de la mujer. El concilio de Éfeso (año 431) recoge el tesoro inestimable de ese misterio y declara a María, expresamente, Theotokos, Madre de Dios. La maternidad divina de María aparece ahí, en esa declaración conciliar, como clave de interpretación del misterio de la encarnación, que hace posible y explica la unión de las dos naturalezas del Verbo de Dios. De aquel que es engendrado eternamente por el Padre, se dice que nació de mujer según la carne, en el sentido de que unió a sí la naturaleza humana según la hipóstasis. A partir de Éfeso, la maternidad divina constituye un título único de señorío y gloria para aquella que es la Madre del Verbo encarnado.

Reconocer a María como Madre de Dios significa, de hecho, profesar que

Jesús, el carpintero de Nazaret, el Crucificado, hijo de María según la generación humana, es Hijo de Dios y Dios mismo. La visión antropológica subyacente a esta afirmación es profundamente integrada y unitaria. Toda mujer es madre no sólo del cuerpo, sino también de la persona entera de su hijo. El misterio de la encarnación de Jesús, Hijo de Dios, en María de Nazaret nos enseña que la persona humana no es bipartida entre un cuerpo de materia e imperfección y un espíritu de grandeza y trascendencia. Sino que, al contrario, solamente en la fragilidad, en la pobreza y en los límites de la carne humana se puede experimentar y adorar la grandeza inefable del espíritu. Por lo tanto, si no se puede separar, en Jesucristo, la humanidad y la divinidad (Cf. Concilio de Calcedonia, año 451), tampoco se puede separar, en María, la mujer sencilla de Nazaret y aquella a quien la Iglesia venera y cultúa como Madre de Dios.

Significa, también, proclamar la llegada del reino que “ya está en medio de vosotros”. María es figura y símbolo del pueblo que cree y experimenta esa llegada de Dios que ahora pertenece a la raza humana. Aquella cuya carne formó la carne del Hijo de Dios, es también el símbolo y prototipo de la nueva comunidad donde hombres y mujeres se aman y celebran el misterio de la vida que se manifestó en plenitud.

Significa también desvelar toda la grandeza del misterio de la mujer. Misterio de apertura, fuente y protección de la vida. María es, al mismo tiempo, madre de todos los vivientes, mujer donde el misterio de la fuente y origen de la vida llega a un punto máximo de densificación.

Revela, así, un lado inédito e inexplorado del misterio del propio Dios encarnado en su seno: que es él mismo comparable a la mujer que da a luz, que amamanta el hijo de sus entrañas y del que no se olvida (Cf. Is 66,13,42,14; 49,15). Finalmente, significa reconocer en esta misma que llamamos Madre y Señora Nuestra a la pobre y oscura mujer de Nazaret, madre del carpintero subversivo y condenado a muerte, Jesús. Implica percibir, tras el título de gloria y las lujosas imágenes con que la piedad tradicional la representa, el no menos real y teológico título de «sierva del Señor».

La maternidad es un don y una dignidad, pero también un servicio, que se inscribe en la misma línea de los “siervos de Yahvé”, inspiración para la Iglesia que es llamada a ser servidora del Reino. La corporeidad del hombre Jesús, formada y tejida en las entrañas de la mujer María por el Espíritu de Dios es la misma que anduvo por el mundo haciendo milagros, curando enfermos, resucitando muertos, multiplicando panes, siendo odiada, perseguida, torturada y crucificada y finalmente glorificada y reconocida como inseparable del pneuma divino. Proclamar a María Madre de Dios es anunciar y revelar, de manera definitiva e irreversible, la alianza hecha para siempre posible por la misericordia de Dios entre la carne y el espíritu.

2.2. Virginitad

El judaísmo, del cual María es legítima hija, no considera la virginidad como un valor particular. Esta equivale a la esterilidad, a la no procreación, que aca-

rra desprecio e implica una carga de muerte, ya que la supervivencia está en la prole. La virginidad de María no puede ser vista, por lo tanto, desde un punto de vista moralizante e idealizado. Los textos bíblicos quieren decir que el hijo que es engendrado en María es un ser divino. La cadena de genealogías humanas sufre una radical ruptura para dar lugar al Espíritu que con su soplo creador invade la historia y hace brotar la vida allí donde sería imposible. Jesús, el nuevo Israel que brota del seno de la Virgen, es la simiente del nuevo pueblo que es plasmado por el Espíritu del cual María está llena y configurada. La tradición de la Iglesia toma entonces este indicio para proclamar, a lo largo de la historia de los primeros siglos y, finalmente, en el concilio Lateranense (año 649), la virginidad perpetua de María.

La virginidad de María ilumina la cuestión antropológica sobre quien es el ser humano. La criatura humana es como un terreno virgen e inexplorado, donde todo puede suceder. Y todo lo que sucederá deberá llevar a esa misma criatura humana hasta el punto en que María llegó: a tener plasmado en sus entrañas el propio Dios. A la virginidad de María fecundada por el Espíritu corresponde la vocación de todo ser humano: ser templo y morada abiertos y disponibles, con todas las posibilidades latentes. La importancia del cuerpo virgen de María consiste en que es figura de la pobreza de la humanidad para realizar su propia salvación sin la gracia de Dios. La entrega total al Dios de la vida y al abandono radical de los ídolos que dan muerte encuentra en la virginidad de María una figura propuesta a todos, hombres o mujeres, que desean

poner sus pies sobre las pisadas de Jesús y vivir la realidad histórico-escatológica del reino de Dios.

La virginidad de María ilumina igualmente a la vocación específica de la mujer, en cuanto hospedera de la vida en plenitud, espacio ilimitado abierto, potencialidad latente que tanto más crece cuanto mayor y más profunda sea su entrega. El dogma de la virginidad de María declara a la mujer para siempre espacio afirmativo donde el Espíritu del Altísimo puede posar y hacer su morada. La virginidad despreciada en Israel es el lugar de *la shekinah*, la morada de la gloria de Yahvé que encuentra en su criatura María de Nazaret la disponibilidad de los bienaventurados: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

2.3. La Inmaculada Concepción

Este dogma, proclamado en 1854 por Pío IX, no encuentra una raíz bíblica tan explícita como los anteriores. Tenemos como referencia el texto de Gén 3, 15 (también llamado el protoevangelio), donde la mujer y su descendencia aparecen como enemigas mortales de la serpiente, terminando por destruirla aplastándole la cabeza. Además de otros menos importantes referentes al arca de la Alianza, a la Ciudad Santa, etc., está el saludo del ángel en el evangelio de Lucas, que declara a María «llena de gracia, (Lc 1, 28) y el saludo de Isabel que la declara “bendita entre todas las mujeres” (Lc 1, 42). María aparece, pues, como el milagro de Dios por excelencia, la creación llegada a su plenitud, bendita, bienaventurada, llena de gracia.

Por su Inmaculada Concepción, María es la síntesis personificada de la antigua Sión-Jerusalén. En ella tiene inicio ejemplar el proceso de renovación y purificación de todo el pueblo para vivir más plenamente la alianza de Dios. Toda de Dios, María ya es, pues, prototipo de aquello que el pueblo es llamado a ser. La Inmaculada Concepción es, por lo tanto, utopía que da fuerza al proyecto y sostén a la esperanza del pueblo en su Dios. Es la prenda de garantía de la posibilidad de que la utopía de Jesús –el reino de Dios– es realizable en esta pobre tierra. No es sin embargo únicamente el alma de María la que es preservada del pecado. Es toda su persona la que es penetrada y animada por la gracia, por la vida de Dios. Su corporeidad es la morada del Dios santo. Su concepción inmaculada proclama al pueblo, del cual ella es figura, que el Espíritu ha sido derramado sobre toda carne y que el paraíso perdido ha sido encontrado.

La corporeidad de la mujer que el Génesis denunciaba como causa del pecado original, poniendo sobre todo el sexo femenino un defecto y fardo difíciles de cargar, es rehabilitada por el Evangelio y por el magisterio de la Iglesia. Ese cuerpo animado por el Espíritu divino es proclamado bienaventurado, inmaculado. En él, Dios hizo la plenitud de sus maravillas.

María, hija de Sión, representa el pueblo de Israel, y con ella llega a su punto máximo el itinerario de Alianza de este pueblo con su Dios. Siendo la fiel israelita, que espera la consolación del pueblo elegido y canta las maravillas que hace el Señor, reconociendo su presencia creado-

ra y productora de vida en sí y alrededor de sí, María es el prototipo del pueblo de Dios de ayer y de hoy, mostrando a ese mismo pueblo su vocación de "elegido desde antes de la creación del mundo para ser santo e inmaculado"(Cf. Ef 1,4)

Prototipo de la criatura, por lo tanto, y no diosa, es lo que se puede decir de María de Nazaret, tal como es vista por la teología católica. Permaneciendo criatura, en estrecha alianza con sus hermanos y hermanas de carne y de elección, apunta para el misterio de la creación en donde hombres y mujeres se perciben en alianza con el cosmos y se abren para él sin límites de lo divino.

Es necesario, sin embargo, no olvidar que la Inmaculada Concepción venerada en los altares es la pobre María de Nazaret, sierva del Señor, mujer del pueblo, insignificante en la estructura social de su tiempo. La bienaventurada María lleva sobre sí la confirmación de las preferencias de Dios por los más humildes, pequeños y oprimidos. La gracia de que María está llena es patrimonio de todo el pueblo.

2.4. La Asunción

El más reciente de los dogmas marianos es la Asunción, definida y proclamada solemnemente por Pío XII, el 1 de noviembre de 1950, con la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*. El dogma tiene como base los textos bíblicos, pero leídos ya con los ojos de la tradición de la Iglesia.

El dogma de la Asunción proclama a María asunta a los cielos «en cuerpo y

alma». El sujeto de la Asunción es, pues, la persona de María, toda entera. María no es un alma envuelta provisionalmente en un cuerpo, sino una persona, un cuerpo animado por el soplo divino, penetrado por la gracia de Dios hasta el último escondrijo. Su corporeidad es plenamente asumida por Dios y llevada hasta la gloria. Su Asunción no es reanimación de un cadáver ni exaltación de un alma separada de un cuerpo, sino plena realización, en el absoluto de Dios, de toda la mujer María de Nazaret.

Ella nos dice algo también sobre el destino final escatológico al que estamos llamados. No somos un alma prisionera de un cuerpo, y este cuerpo a su vez no constituye un impedimento para nuestra plena realización como seres humanos unidos a Dios. Al contrario: en la resurrección nuestra corporeidad es rescatada y trasfigurada hacia adentro del absoluto de Dios. María, glorificada en los cielos en cuerpo y alma, es imagen e inicio de la Iglesia y de la humanidad del futuro, signo escatológico de esperanza y de consuelo para el pueblo de Dios que camina en dirección a la patria definitiva. Con la Asunción de María, figura y símbolo del nuevo pueblo de Dios, la Iglesia ya es, incluso en medio de su ambigüedad y de su pecado, la comunidad de salvación, el pueblo fiel que es llamada a ser.

La Asunción de María restaura y reintegra también la corporeidad femenina, humillada por el prejuicio patriarcal judío-cristiano, en el seno del misterio del propio Dios. A partir de María, la mujer tiene la dignidad de su propia condición reconocida y asegurada por el creador de

esa misma corporeidad. Lo masculino y lo femenino están, en Jesucristo y María respectivamente, resucitado y asunto a los cielos, definitivamente participantes de la gloria del misterio trinitario.

Por fin, la Asunción de María está estrechamente vinculada a la resurrección de Jesús. En ambos acontecimientos de fe, se trata del mismo misterio: el del triunfo de la justicia de Dios sobre la injusticia humana, la victoria de la gracia sobre el pecado. Así como proclamar la resurrección de Jesús implica continuar anunciando su pasión que continúa en los crucificados y en aquellos a quienes no se les hace justicia en este mundo, análogamente, creer en la Asunción de María es proclamar que aquella mujer que dio a luz en un establo, entre animales, que tuvo el corazón traspasado por una espada de dolor, que compartió la pobreza, la humillación, la persecución y la muerte violenta de su Hijo, que estuvo a su lado al pie de la cruz, la madre del condenado, fue exaltada. Así como el Crucificado es el Resucitado, la Dolorosa es la Asunta a los cielos, la Gloriosa. La Iglesia, pueblo de Dios, tiene en la Asunción de María el horizonte de esperanza escatológico que le indica su lugar en medio de los pobres, de los marginados, de todos aquellos que son puestos al margen de la sociedad y tienen a su Dios como eterno abogado.

Conclusión: *ni diosa ni mujer eterna*

En la teología católica occidental, la reflexión sobre María quedó muchas veces perjudicada debido a la “substi-

tución” realizada por la teología y la pastoral. Ambas dieron fuerte destaque a la persona de María debido a una cierta “ausencia” sentida del Espíritu Santo y de una consecuente pneumatología consistente y sólida. Esta cuestión se encuentra hoy en una encrucijada.

Hoy se percibe una reubicación de María en su lugar apropiado adentro del conjunto de la Revelación, en clave trinitaria. Este es el lugar desde el cual puede iluminar a aquellos que a ella invocan. Es un retomar de una pneumatología robusta y de una perspectiva trinitaria para la Mariología, y no un traer de vuelta a la vida de la Iglesia el mito del “eterno” femenino, que tanto daño hizo a la Mariología y por tanto tiempo impuso sobre la mujer cristiana y católica un único prototipo y camino para vivir su identidad. En la medida en que el proceso de emancipación personal y colectiva del sexo femenino iba sucediendo, la mujer pasaba a no identificarse más con la referencia mariológica que le era presentada. No se reconocía más en la imagen de María que le sugerían: callada, silenciosa, discreta y subordinada, diciendo siempre que sí, prototipo de lo eterno femenino.

El eterno femenino no puede ser encontrado, porque sencillamente no existe. Lo que existe es lo provisorio, lo diverso, lo múltiple, lo contingente de la vida en la temporalidad de la historia, que se presenta según diferentes matices, según los diferentes contextos culturales y tiempos históricos en que suceden. En esta temporalidad, María es parte intrínseca de la fe del pueblo de Dios, con muchos nombres y muchos rostros: la Morenita de

Guadalupe, la Negra Aparecida de Brasil, la Purísima de Nicaragua, la del Carmen Española, la Moreneta catalana y muchos, muchos más...

Y la inspiración de esta mujer que tuvo en su seno al Verbo hecho carne, puede traer no sólo a la mujer sino a toda la humanidad no es un prototipo estático y aprisionador, sino la presencia de alguien que vivió una manera de ser tem-

poral y humana, que constituye la única vía de acceso a la eternidad y trascendencia del verdadero Dios. Dios que es Padre y Madre lleno de amor y compasión, Hijo y Verbo que se encarna en la historia en carne de hombre y de mujer, Espíritu generador y acogedor de la vida, que sopla impetuosamente, al mismo tiempo que enseña a hablar, alimenta y protege la llama frágil de la vida por Él deseada y creada.

²³ BOFF, L., *Jesucristo el liberador*, Sal Terrae, Santander 1990, p. 95.

2. TRIBUNA AFRO-INDÍGENA

LOS AFRODESCENDIENTES

EN LA VIDA RELIGIOSA

P. Emigdio Cuesta Pino, svd.

